



CARROZA DEL INSTITUTO DE FOMENTO DEL TRABAJO NACIONAL.—CARROZA DEL NIU GUERRER.—CARROZA DEL CÍRCULO DE LA UNIÓN MERCANTIL.—CARROZA DEL AYUNTAMIENTO «LA VENDIMIA».—CARRO ANUNCIADOR DEL «ANÍS DEL MONO».—EL DRAGÓN DE LA «VEU DE CATALUNYA».

R. COSTA

Orla de RAMÓN COSTA.



Carlos VÁZQUEZ - 1901 -

Cuadro de CARLOS VÁZQUEZ.

BELLAS ARTES

La elegante figura de mujer con que Carlos Vázquez da principio al presente número, es de las que dan campo á fantasear libremente por los espacios imaginarios de la novela. Una mujer bonita, sola en un café, dadas nuestras costumbres, no es posible se limite á saborear el sabroso brebaje. Esa mujer espera á alguien. ¿A quién? La imaginación del lector puede entregarse á todas las suposiciones que le sugiera su fantasía. El artista recoge una impresión y la perpetúa con febriles trazos. No hay que exigirle más en la rápida sucesión del tiempo.

Decimos mal, puede exigírsele corrección y buen gusto, y esto es lo que nos da Vázquez con su bien hecho *pastel*.

Creemos que nuestros lectores verán con gusto una obra casi juvenil del artista que en poco tiempo escaló las altas cimas del arte. El *Parador catalán* que damos en la doble página central, á pesar de sus largos años de fecha, nos anticipa ya la medida del talento de Urgell; talento que se manifestaba en una manera personalísima de apreciar la naturaleza y en la fugosa pincelada que tanto le ha caracterizado siempre.

El fondo del cuadro representa una de esas anchurosas cocinas catalanas, que son al propio tiempo comedor, bodega, establo y corral; y que precisamente por eso ofrecen al artista materia por demás pintoresca para sus cuadros.

Urgell pintó con singular cariño toda la parte derecha del cuadro, determinando con maestría los planos y tocando con minuciosa factura los cacharros del vasar.

Pero el cuadro no es todo de Urgell; su amigo Comelerán pintó las figuras, acertando á colocarlas en su verdadero punto perspectivo, que no es poco, porque esas colaboraciones en pintura siempre resultan difíciles. La tendencia llamada modernista, ha dado sus frutos. Ha saneado la atmósfera de prejuicios académicos, y sin romper decididamente con

la tradición, á la que ha robado muchos de sus elementos, espigando en el campo prerafaelista y en el *japonismo*, ha refrescado el color y ha ganado con la incomparable gracia de sus líneas lo que perdía en suntuosidad.

Nuestros artistas no se han quedado rezagados en el movimiento de transformación del arte, y, especialmente en lo que atañe á su aspecto decorativo, algunos han logrado crearse una reputación de originalidad, laudable en nuestro país, hostil á todo cuanto signifique innovación en el terreno tradicional.

A las finuras de Gaspar Camps y de Triadó, que en Barcelona han dado tan óptimos frutos, tendremos que agregar muy pronto, á juzgar por la muestra, la de O. Vilá, autor de la orla que adorna la novelita *Fugitiva* que publicamos en este número. Por su intuición simbólica y por la gentil manera de componer las líneas y colores hay en Vilá la estofa de un decorador que, con el estudio, puede ir muy lejos.

El concienzudo Juan Llimona presta hasta en los más fútiles juguetes el sello de su temperamento severo y acentuadamente realista. Su cuadro *¡Triste desengaño!* tanto ó más que un problema de sentimiento resuelve un problema de color, con el seguro aplomo de quien posee las cifras exactas de todos los colores. El dibujo magistral de la figura corre parejas con la justa valoración de los tonos que se presentan en contraposición con la luz, mientras la cortina, que vela la cruda reverberación de la ventana, dibújase con violentos trazos luminosos que dejan en una blanquecina penumbra todo lo demás del cuadro. Y hasta, por caso excepcional, la pincelada, que es en Llimona ordinariamente brusca y valiente, empátase aquí en una suave caricia que funde y envuelve todas las partes del cuadro.

FRANCISCO CASANOVAS

EN EL CEMENTERIO

(HISTORIA TRISTE)

El brazo de mi amigo se agitó como si una corriente eléctrica lo invadiese; se detuvo en seco, cual obedeciendo á un imperioso mandato. Su mirada, brillante por la fiebre, escudriñaba las grisáceas calles de nichos, ayer solitarias, silenciosas, en olvido; á la sazón animadas por grupos de mortales, fingidos, curiosos ó abiertamente profanadores del reposo que se debe á los que fueron.

El tributo rendido antaño á los difuntos, en el reposo del hogar y en el religioso silencio del templo, se ha trocado en una de tantas fiestas casi gentílicas; ogaño se prescinde del recuerdo y del ruego; pero se visita la ciudad de los muertos, del mismo modo que se va al Museo, de igual manera que se penetra en el teatro, en los jardines comunales ó en cualquier salón público.

¡Qué amarga es para el espectador que siente, la visita al cementerio de la gran urbe, en día semejante!...

El pálido rostro de mi amigo se animó de súbito.

—¿Ve usted eso?—dijome señalando con mal reprimida ira los bulliciosos y abigarrados grupos de curiosos que recorrían las calles, comentando á voces, desvergonzados, las inscripciones de las lápidas.

Y soltando mi brazo se dirigió hacia uno de los ángulos, apoyó su frente contra el frío mármol y dos lágrimas que partieron de sus ojos fueron á estrellarse contra la pequeña repisa del nicho.

—Vamos—profriró luego, volviendo á apoyarse en mí. La bestia humana no deja ni reposo á los muertos ni sentir á los vivos...

Su pecho se inflaba por la acumulación de sollozos, que se agitaban en él como las aguas á impulsos de la tempestad submarina.

—Tal vez piense usted,—prosiguió, después de lograr calmar algún tanto su dolor,—que al venir aquí expreso ha sido á impulsos monomaniacos. No, amigo mío; vine á depositar en el sepulcro de un ángel la ofrenda de mi ternura y de mi amor puro, del único amor que he sentido en mi vida. No conocí á mis padres, vivía solo entre mis libros, las musas y los soldados; y, al acortarse mis días, un ángel se presentó á mi vista cuando tendía las alas para remontar el vuelo hacia la mansión de la dicha... Me explicaré; porque necesito recordar, para sufrir, pues el dolor tiene para mí deleitosos goces...

Al grito dado en Sagunto sucedió el pacto entre *tirios y troyanos*; la columna partió en demanda de la frontera y mi batallón hizo alto en el mesón de Matidero. Hace de esto veintiocho años. Mientras los soldados, haciendo del suelo mesa, daban buena cuenta de sus provisiones, la oficialidad y yo almorzábamos, satisfacíamos el apetito, servidos por el mesonero, un buen hombre, que se desvivía por sacarnos las víctimas de su gallinero.

A los postres presentóse el huésped en el comedor acompañado de una niña de doce años que llevaba en sus manitas un hermoso ramo de flores destinado á mí, como jefe del batallón. La infeliz estaba tan pálida, tan enfermita y tan débil que apenas podía sostener el ramo. Más que criatura humana parecía una visión próxima á dejar este mísero planeta. No pude contenerme; cogíla y después de besarla en la frente, la senté sobre mis rodillas. —¿Es hija de usted?—pregunté al patrón. El buen hombre contestó afirmativamente, con la cabeza; quizás porque el dolor le quitó la voz. Luego dijo: —Al saber que había llegado un batallón ha querido levantarse... ¡Pobrecita!—repuse, volviendo á besar su frente cadavérica. —¿En qué podemos complacerte, hija mía, para corresponder á tus obsequios?—Coloreáronse sus mejillas y contestó con su opaca vocecita: —No he oído nunca música militar... —¡Ah! ¿no? pues ahora te daremos un concierto para tí sola. Poco después la banda ejecutaba las mejores y más alegres piezas de su repertorio. Hicimos asomar á la niña á la ventana en la que quedó extasiada, poseída de un encanto indiscriptible. —Vaya ¿estás satisfecha?—la dije.—Sí, señor, muy contenta...—Al retirarme al frente del batallón con el corazón oprimido, hicimos todos un saludo de despedida á la niña, que desde la ventana siguió á la columna hasta perderla de vista. Detrás de la enferma, en la sombra de la sala, ante la desordenada mesa, el pobre padre lloraba como un niño... Seis meses después volví, solo; sólo por ver á aquel ángel, único que logró despertar mi amor... Había volado al cielo... Sus restos yacen ahí, en ese nincho donde yo acabo de depositar la amargurara de mi corazón que ella despertó á la dicha y que ella con su ausencia mató.

R. B. GIRÓN

BLANCA IGGIUS



Las páginas del ALBUM SALÓN han tenido el honor de engalanarse con los retratos de todas las actrices extranjeras de valía que desde su aparición han hecho temporada en los teatros de Barcelona, rindiendo tributo á su talento y poniendo de relieve sus cualidades artísticas; y pecaríamos de descortés si no tributara igual obsequio á la, para nosotros desconocida hasta ahora, que debió en la *Gran Vía*, donde sigue actuando, á fines del mes anterior, inmediatamente después de terminar sus compromisos la célebre Vitaliani; máxime cuando, además de merecer esta distinción por la fama de que vino precedida, y relativamente justificada, es, por su hermosura y elegancia, una de las notas que más cuadran á la índole de nuestra Revista.

Blanca Iggius, cuyo repertorio difiere poco del de la artista ya citada, y del que anteriormente nos habían dado á conocer la Dusse y la Mariani, salvo algunos *vaudevilles*, que nos pesa por cierto ver en él, luchaba desde luego con el recuerdo de aquéllas y tenía que valer mucho, muchísimo, para que la comparación no le fuese desfavorable. En su elogio diremos que, si no ha salido vencedora, ha logrado igualarlas en ciertos momentos y sostenerse á envidiable altura en el resto

de las obras. El público, no muy numeroso, que asiste á sus representaciones sin prejuicios ni apasionamientos, la aplaude de buena fe; el que todavía con-

serva su entusiasmo de las otras temporadas, se muestra un tanto reservado y frío, y si mueve alguna vez las manos, lo hace por pura galantería, cediendo al encanto de la belleza ó á la instintiva admiración que produce en el espectador su indumentaria verdaderamente deslumbradora. En suma: según andan divididas las opiniones, Blanca Iggius partirá de Barcelona sin que hayamos sacado en limpio si merece el dictado de eminente, que tanto se prodiga en los tiempos actuales, ó si sólo debe considerársela como una actriz algo más notable que la generalidad, aunque superior á cuantas nos han visitado hasta ahora, en gracias personales, lujo y ostentación. Por supuesto, que esta diversidad de pareceres reconoce una razón natural, basada en el género libre que con predilección cultiva la Iggius y desembarazadamente ejecuta; género más que atrevido licencioso, que atrae á una parte del público, que otra parte acepta á regañadientes, y que aleja de su teatro á la parte restante, perjudicando no poco á la Empresa (seguramente á sí propia), pues con dificultad lo habrá visto lleno.

No pecamos de timoratos ni somos de los que se asustan al oír un equívoco hartó claro ó ante una situación excesivamente realista; pero hemos de confesar que el teatro libre de la Iggius, ó como ella lo entiende por lo menos, si ha llegado á entronizarse en determinados países, no tomará aquí carta de naturaleza, ni la tomará tampoco en ningún país que se precie de culto y morigerado. De sobra sabemos, y hartó nos duele, que el teatro no es ya una escuela de buenas costumbres; que por vieja se ha desechado la máxima de que debe deleitar instruyendo; pero entre esto y convertirlo en una cátedra de inmoralidad donde hasta las mujeres, despojándose de su pudoroso incentivo, ejercen de profesoras, y enseñan lo que la honestidad obliga á esconder y dicen lo que por decoro hay que callar, existe una valla inmensa que, ni aun concediendo á Blanca Iggius un talento colosal, se decidirán á traspasar los barceloneses sensatos, tan amantes en general de la libertad como enemigos de la licencia. ***

R. COSTA